



## Pertenecer y alimentar el calor de la manada. Modos de la posicionalidad subjetiva en *Subrayados* y *Black out* de María Moreno

Anabel Tellechea<sup>1</sup>

Universidad Nacional del Sur  
tellecheaanabel@gmail.com

**Resumen:** En el contexto de la crisis de las concepciones esencialistas del sujeto, el par conceptual sujeto-identidad se ha redefinido como construcción nunca acabada, signado por la fragmentariedad y entendido como posicionalidades relacionales. Asimismo, la crítica literaria revaloriza las escrituras de mujeres como espacios de construcción de subjetividades. El objetivo de este trabajo gira en torno al análisis de la intervención de género del yo autobiográfico en *Subrayados* y *Black out* de María Moreno desde el concepto de *communitas* (Esposito) para intentar dar cuenta de los procesos de subjetivación particulares a partir de su textualización. La escritora afirma que leer en género es reivindicar la soledad de las mujeres como una soberanía alcanzada. Partimos de la hipótesis de que es posible interpretar este enunciado como una declaración de principios que advierte tanto acerca de la posición de sujeto como de los modos de subjetivación. Particularmente, intentaremos dar cuenta de en qué consiste esa experiencia de soledad en correlación con el andar “en banda” en el contexto de la figuración del yo y sus maneras de estar o no unido a la multiplicidad (Deleuze y Guattari).

**Palabras clave:** Posición de sujeto – Escritura de mujeres – María Moreno

**Abstract:** In the context of the essentialist conceptions regarding the subject, the conceptual pair of subject and identity is redefined as fragmentary never-ending constructions, and as relational positions. Also, literary critic revalues women's writings, considering them as places for the construction of subjectivities. This investigation's goal revolves around the analysis of gender intervention of the autobiographical self in María Moreno's *Subrayados* and *Black out*, starting from the concept of *communitas* (Esposito) to try to account for the particular processes of subjectivation from its textualization. The writer affirms that reading in gender is to claim the solitude of women as an achieved sovereignty. We start from the hypothesis that it is possible to interpret this statement as a declaration of principles that warns both about the subject position and the modes of subjectivation. Particularly, we will try to give an account of what this experience of solitude consists of in correlation with the "in band" walk in the context of the figuration of the self and its ways of being or not being united to the multiplicity (Deleuze and Guattari).

**Keywords:** Subject position – Women's writings – María Moreno

---

<sup>1</sup> **Anabel Tellechea** es Profesora en Letras por la Universidad Nacional del Sur y estudiante avanzada de la Licenciatura en Letras en la misma casa de estudios. Es integrante del proyecto de investigación “El estado contemporáneo de la literatura argentina: una cartografía de cruces, líneas de fuga y desfasajes temporales” dirigido por la Dra. María Celia Vázquez. Este trabajo fue desarrollado en el marco de la beca “Alumnos Avanzados” otorgada por la SGCyT de la Universidad Nacional del Sur.



## V Congreso Internacional CUESTIONES CRÍTICAS

Rosario, 17, 18 y 19 de octubre de 2018

El punto de partida para comenzar esta lectura es una anécdota conocida: el yo que María Moreno construye en *Black out* realiza una declaración de principios en la que las mujeres, para hacerse “un lugar entre los hombres”, más que la universidad deben ganarse las tabernas. Por esta razón es que comienza a beber, y su marco de referencias es una “iconografía fuerte” de mujeres que ella imita: “Alfonsina en el Café Tortoni, Norah Lange en el Auer’s Keller. Como Alfonsina, quería un hogar contra el hogar, ser la mujer de las medias rotas” (Moreno *Black out* 98). Me interesa comenzar por esta anécdota porque aún cuando ella misma afirma esa voluntad de imitar mujeres, la sociabilidad de la que participó en las redacciones, o mejor dicho la textualización que hace de esa sociabilidad en sus escritos, está lejos de las operaciones de imitación o de búsqueda de lo igual a sí. Propongo leer la ocupación de ese lugar *entre* (cfr. Laplantine; Nouss *Mestizajes* 28) a partir de los conceptos de *communitas* (Esposito *Communitas*) y multiplicidad-manada (Deleuze y Guattari *Mil Mesetas*).

Nuestra hipótesis entiende que este modo particular de construir vínculos puede ser leído como una intervención de género. En “Elogio de la soledad”, uno de los ensayos de *Subrayados*, el yo autobiográfico declara que “hacer sonar en género” implica la consideración de que “sin duda la igualdad entre el hombre y la mujer no será completa si no se concede a la soledad femenina el sentido de una soberanía alcanzada” (Moreno *Subrayados* 165). Al entender la soledad en estos términos no resulta difícil asociarla con aquel lugar ganado en los bares, ya que ambas figuras comprenden tanto una vinculación con los otros como una dimensión femenina. Es en este sentido que este trabajo recorta como objeto de estudio las zonas de *Black out* y *Subrayados* en donde el yo aborda su relación con sus “amigos” y “compañeros”, construyendo para cada caso un sentido peculiar que se superpone.

Ocupar un espacio y andar en *banda* son maneras de estar con los otros que se distinguen de la pertenencia a un grupo motivada por un deseo



de integración. Hacia el final del ensayo citado hallamos otra declaración de principios; si la anterior refiere al lugar de enunciación femenina que se ha ganado, esta segunda declaración advierte sobre las dinámicas de grupo tramado por una idea particular de la amistad:

Y si tengo un sueño comunitario es el de ser un perrito de las praderas, de esos que se yerguen en el desierto, apoyados uno en el hombro del otro, pero a solas en su mente con un enemigo que es menos un peligro que una coartada natural para contemplar *en banda* la belleza del amanecer (Moreno *Subrayados* 169; cursivas en el original).

El elogio de la soledad consiste, en definitiva, en un distanciamiento del matiz de 'aislamiento' que posee el término y la redirección de su significado hacia una manera de estar con los otros que reviste características específicas, propias. Aquí el término 'banda', al asociarse con la figura de los perritos de las praderas, activa un imaginario animal en el que los individuos participan de una *manada* donde están con otros sin perder su individualidad, juntos y a la vez "a solas en la mente".

Además de la 'banda' Moreno utiliza el significante 'tribu', y también en este resuena la idea de manada. En uno de los capítulos de *Black out* que lleva como título "La pasarela del alcohol" se reconstruye su intervención o rol fronterizo con respecto a la constitución del grupo:

Ante los recién llegados a la tribu fui la soplona de los rituales que sobrevendrían, desenmascarando su índole caprichosa y deconstruyendo, sardónica y vengativamente, los trucos del líder para seducir e intimidar. Así desarrollaba un poder paralelo, eximida por mi sexo del cargo de traición –las mujeres están y no están en la tribu– (Moreno *Black out* 128).

Es a la vez su condición de género y el uso que hace de ella lo que le permite mantener una distancia relativa del grupo; relativa en el sentido de que aún cuando atente contra él mediante esas operaciones de traición a los códigos, seguirá contribuyendo a su conformación. Un patrón similar es el que funciona en el vínculo que mantenía su grupo de periodistas jóvenes con Norberto Soares, que estaba signado por la alternancia entre sostener los



## V Congreso Internacional CUESTIONES CRÍTICAS

Rosario, 17, 18 y 19 de octubre de 2018

códigos y ser desleal. Luego de su tiempo en *Primera Plana*, Soares trabajó en el diario *Acción*, donde se lo trataba como una “antigua gloria” (con lo despectivo que pueda sonar) y a la manera de *letimotiv* repetía que estaba escribiendo cuentos pero nunca mostraba ninguno de ellos terminado. Sin embargo, era justamente la ausencia de los textos lo que lo convertía en valioso para el grupo y lo que aglutinaba a los miembros:

El mensaje era claro: lo que nunca veríamos –el texto completo– engrosaba. Todavía le teníamos miedo, una vaga aprensión a su probable repudio como un coletazo de su pasada influencia (...) Cobardes, nos burlábamos de él a sus espaldas por lo que nos había hecho sufrir cuando nos *ponía* y nos *sacaba* de moda. (...) Pero, a nuestro modo, éramos fieles. El número del relato sobre el cuento *ido en vicio* se repetía y todos seguíamos acordando haber olvidado la vez anterior. Que alguien reclamara el producto hubiera significado que no era *uno de nosotros*, un despreciable advenedizo que no tenía el código, si aparecía, éramos los primeros en apretar filas (Moreno *Black out* 137).

Es una operación signada tanto por la movilidad constante de su lugar como participante, sin asentamientos, como por la fluctuación del poder entre sus miembros, incluso generando lo que ella llama “un poder paralelo”. Esta dinámica tiene fuertes reminiscencias en el concepto de *manada* que Deleuze y Guattari recuperan de Canetti, y lo definen en tándem con el de *lobo*, específicamente su posición con respecto al resto: “estará dentro, e inmediatamente después en el borde, en el borde, e inmediatamente después dentro” (*Mil mesetas* 40) de la manada. El concepto fundamental que subyace a este planteo es el de cuerpo sin órganos, que no es precisamente un cuerpo muerto, sino uno tan vivo que “ha hecho desaparecer el organismo y su organización” (37); es decir, ha desechado el estatismo y la jerarquización firme que, en el contexto de esta *banda* de amigos, da cuenta de la posibilidad de ocupar un lugar fronterizo. Vale la pena retomar aquella imagen de la banda contemplando el amanecer hombro a hombro pero a solas en la mente, para interpretarla ahora sí desde esta modalidad grupal, ya que “cuando la manada forma un círculo alrededor de su fuego, cada cual podrá *ver a sus*



vecinos a derecha y a izquierda, pero la espalda está libre, la espalda está abiertamente expuesta a la naturaleza salvaje” (40; cursivas nuestras).

Volvamos a la idea de distancia relativa. El sujeto que se construye en estas dos obras está marcado por su posición de enunciación que se diferencia de sus compañeros al mismo tiempo que mantiene “un pie” junto a ellos. Para dar cuenta de esta posición, la narración desdobra el pronombre más natural para marcar la identidad plural, “nosotros”, en un “los míos y yo” (Moreno *Black out* 221), y lo hace en el contexto de reconocer el cariz de su relación con ellos: “Yo sabía bien que esos (...) no eran mis compañeros. No lo habían sido, mejor dicho yo no había sido compañera de ellos” (220). No obstante la trayectoria afectiva y laboral que compartió con cada uno, lo que realmente los reúne no es lo que han tenido en común, sino el final inevitable: “aquellos a los que llamé ‘compañeros’ sin serlo, de vivir, morirán como ‘los míos y yo’ en el hospital y, al igual que los niños, en pañales: ahí sí habremos de alcanzar juntos un destino común” (221), alejados ya de la “ocasión burguesa de la muerte” y haciendo de ella, más que la separación, la reunión. Es justamente este el panorama desde el que se despliega la narración de *Black out*, escribir sobre sus escritores muertos.

Esta posición de sujeto respecto de la manada, la distancia que mantiene de ella, es la que encarna la figura del devenir-lobo, cuya multiplicidad está dada no en que el sujeto “sea seis o siete lobos a la vez, sino un lobo entre otros lobos” (Deleuze; Guattari *Mil mesetas* 35). Una subjetividad construida a partir de esta figura sabe que la periferia que ocupa es el único lugar posible para desplegar su accionar, porque como afirma Franny en el relato de *Mil mesetas*, “moriría si me dejara arrastrar al centro de la melé, pero seguramente me sucedería lo mismo si la abandonara” (36). Ahora bien, ¿qué es lo que une a un sujeto así, como el yo autobiográfico que construye Moreno, a su grupo? O dicho en otras palabras, ¿qué clase de sujeto puede posicionarse de esta manera? En principio, vemos que la unión no está dada por una propiedad o cualidad puntual que ambos poseen, como lo afirma ella misma: “No estábamos juntos porque ya lo habíamos estado





## V Congreso Internacional CUESTIONES CRÍTICAS

Rosario, 17, 18 y 19 de octubre de 2018

antes (...) o por obediencia a una causa (...). Tampoco éramos íntimos sino prófugos de la intimidad” (Moreno *Black out* 396). No es la identificación, la semejanza, la implicación o la complementariedad sino un estar juntos a pesar de la falta de todo esto, hasta podría decirse a partir de “una huída”. Que el sueño de Moreno sea *comunitario*, entonces, resulta sorprendentemente pertinente y ajustado para comprender esas preguntas enunciadas más arriba si las respondemos desde los replanteos filosóficos de Esposito sobre el concepto de comunidad.

Esposito toma como punto de partida el rechazo al “presupuesto no meditado de que la comunidad es una ‘propiedad’ de los sujetos que une” (*Communitas* 22), un rasgo que “se agrega a su naturaleza de sujetos, haciéndolos (...) más sujetos” (23; cursivas en el original), que los completa o refuerza por efecto de semejanza lo que ya son. En este sentido, recordemos que Moreno instala su lugar de enunciación de género al ganar los bares, al comenzar a beber. “El vino, ese gran gestor de comunidad” (Moreno *Black out* 59) es el mediador de los vínculos con sus escritores muertos no porque le agregue algo a su subjetividad; como ella misma afirma, “No soy más yo misma sobria que ebria como –a pesar de la extorsión de la que fui presa por amigos y amantes– no era más yo misma ebria” (400). Incluso llega a expresarlo de forma más directa aún cuando declara “yo no amaba mi objeto por lo que él me hacía ser” (255). Ama el vino por lo que le permite *hacer*: ni la vuelve otra ni la potencia, sino que funciona como la condición de posibilidad para construir su lugar en la sociabilidad en los bares, para situarse en el borde de la manada que, constituida a la manera de la *communitas*, reúne a su conjunto menos por una “propiedad compartida o ‘un ‘más’, sino por un ‘menos’, una falta” (Esposito *Communitas* 29). Esta banda de amigos, en definitiva, conforma una comunidad porque “no puede pensarse como un cuerpo, una corporación, una fusión de individuos que dé como resultado un individuo más grande” (32), donde cada uno se identifique positivamente con un rasgo. Esta concepción es la que resuena en las



palabras de Moreno cuando sostiene, por caso, que “Ninguno de nosotros, mejor dicho los que yo llamaba ‘los míos’, había militado” (Moreno *Black out* 219).

La manada que se reunía en torno a Soares no buscaba exactamente aprobación o reconocimiento de parte de alguien respetado, que produjera entre ellos una valoración por identificación o afirmación de lo identitario. Por el contrario, el deseo era que él los impulsara a cultivar justamente lo que hay más particular en cada uno, en los términos de cada uno, ubicándose en el territorio de la identidad y por lo tanto de la constante construcción, como si dijeran con Laplantine y Nouss “vivamos, cada uno de nosotros, con nuestras diferencias, dejémoslas vivir porque ellas constituyen nuestra alteridad interior, todos esos otros que nos habitan y que moldean nuestra identidad movable” (*Mestizajes* 35). Esta política de la identidad es expresada por Moreno: “Lo que deseábamos de él no era exactamente aprobación sino que prescribiera los pasos a seguir de nuestras inclinaciones siempre fluctuantes, que leyera en nuestras pasiones y nos recomendara la bibliografía para cultivarlas” (Moreno *Black out* 126). Lo que comparten, entonces, es la dispersión de lo común; participan de un régimen de mestizaje que “consiste en habitar su ‘yo’ entre varios” (Laplantine; Nouss *Mestizajes* 34). Y esta operación también funciona en el sentido contrario: si lo que une a la manada no es lo común, lo que la diferencia de la otra quizá establezca un puente. Al afirmar que ninguno de su grupo había militado en los años setenta, afirmación que los reúne por la negativa, encuentra en retrospectiva que con aquellos escritores militantes también tienen un lazo compartido: “Ahora creo comprender cómo disintiendo con las acciones de esos cuerpos –a veces sin poder ponerlo en palabras–, estábamos, sabiéndolo o no, curiosamente atentos a ellos; a menudo en el mismo territorio, clandestinos los unos entre los otros, aunque nuestro archivo fuera común” (Moreno *Black out* 219).

Moreno participa de una zona de la literatura argentina que Garramuño llama “relatos de experiencias”, en los que se produce la



“reintroducción del sujeto y de la experiencia en la reflexión y trabajo literario” (*La experiencia* 238). Al pensar tanto *Black out* como el recorte operado sobre *Subrayados* desde esta categoría, podemos afirmar, una vez más, que Moreno ejecuta en su escritura una idea de autobiografía que va en contra de “aquella forma en que el sujeto se constituye a través de la escritura y se cristaliza” (237). En síntesis, podemos pensar estas operaciones como desmarcaciones y distanciamientos relativos de los marcos de referencia porque lo hacen sin contraponerse del todo ni perderlos de vista completamente. Riéndose de ella misma, esta escritora periodista reconoce su lugar *entre*, también, cuando afirma: “Qué ridícula, leía *frente a la biblioteca pero contra ella*, aunque en una versión de esa biblioteca hubiera aprendido a leer” (Moreno *Subrayados* 68; cursivas en el original).

## **Bibliografía**

Deleuze, Gilles; Guattari, Félix. *Mil Mesetas*. Valencia: Pre-textos, 1994.

Esposito, Roberto. *Communitas*. Buenos Aires: Amorrortu, 2012.

Garramuño, Florencia. *La experiencia opaca. Literatura y desencanto*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.

Moreno, María. *Subrayados. Leer hasta que la muerte nos separe*. Buenos Aires: Mardulce, 2013.

----- *Black out*. Buenos Aires: Literatura Random House, 2017.

Laplantine, François; Nouss, Alexis. *Mestizajes. De Arcimboldo a zombi*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.